

La inteligencia artificial es una rara avis para la gobernanza mundial



Por Ian Bremmer / Marietje Schaake.

El multilateralismo ha pasado por momentos difíciles últimamente, especialmente en las Naciones Unidas. El Consejo de Seguridad de la ONU no pudo detener exactamente la invasión rusa de Ucrania. El alto el fuego en Gaza y Líbano sigue siendo difícil de alcanzar. Las sucesivas cumbres de la Conferencia de las Partes no han conseguido elevar el listón lo suficiente, y mucho menos impulsar medidas concretas, para cumplir los objetivos climáticos mundiales. Los propios Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU no sólo van por mal camino, sino que están retrocediendo. De hecho, los valores de paz, seguridad y cooperación de la ONU resultan muy extraños en un momento en el que se libran múltiples guerras, aumenta el proteccionismo y el mundo se divide en coaliciones y bloques.

Pero incluso en medio de una recesión geopolítica, la cooperación mundial sigue siendo posible. Los días 22 y 23 de septiembre, la Asamblea General de la ONU celebró su primera Cumbre del Futuro. Fue, entre otras cosas, una prueba de la capacidad de la ONU para abordar uno de los mayores retos transnacionales del mundo: la inteligencia artificial. Por sorprendente que parezca, la ONU superó la prueba. No es exagerado afirmar que la inteligencia artificial ha suscitado una de las respuestas políticas más rápidas y contundentes que se recuerdan. Hace apenas un año, el secretario general de las Naciones Unidas, António Guterres, invitó a las partes interesadas a recomendar cómo el mundo podría gobernar la IA al servicio de toda la humanidad. Sabía que, al igual que la respuesta inicial del mundo al cambio climático, las ambiciones de gobernar la IA corrían el riesgo de fracasar. Demasiados de los enfoques existentes estaban fragmentados y la mayoría dejaba fuera al Sur global. 118 países no formaban parte de ningún marco de gobernanza de la IA.

Juntos hemos actuado como ponentes del Órgano Asesor de Alto Nivel sobre IA (HLAB), creado por el secretario general para hacer frente a este valioso reto. Los 39 miembros de nuestro organismo proceden de todos los continentes, reflejando la diversidad del mundo, y están formados por representantes de gobiernos, universidades, sociedad civil y empresas tecnológicas.

Se trata del primer esfuerzo verdaderamente global para gobernar la IA en nombre de todo

el mundo. Y nos complace que varias de nuestras recomendaciones hayan sido recogidas en el Pacto Mundial Digital, un marco global para la gobernanza mundial de la tecnología digital y la IA que fue adoptado por los Estados miembros de la ONU en la Cumbre para el Futuro el 22 de septiembre. Este acuerdo fue una proeza de la cooperación mundial, que traspasó las divisiones geopolíticas a pesar de todas las diferencias muy reales que separan a Estados Unidos, China y Europa, Occidente y el Sur global, y los gobiernos y el sector privado (especialmente las empresas tecnológicas).

Consideremos una de nuestras recomendaciones, cuya aplicación ha sido aprobada en principio: la creación de un Grupo Científico Internacional sobre IA. Partimos de la premisa de que, para gobernar un asunto tan complejo como la IA, debemos tener un entendimiento común de la tecnología y sus riesgos e impactos potenciales en todos los países y culturas. Aprendimos esta lección por las malas con el cambio climático. Mientras muchos debatían ahora cómo abordar la crisis climática, no existe un debate serio sobre si debemos abordarla; las pruebas aportadas por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) son demasiado sólidas. Un grupo intergubernamental similar sobre IA emprendería la difícil pero fundamental labor de analizar los avances actuales de la tecnología de IA, proporcionando a los responsables políticos una base objetiva e independiente para fundamentar objetivos, debates y decisiones políticas.

Pero lo que más nos entusiasma es la perspectiva de garantizar que la IA beneficie a todos. A diferencia del cambio climático, donde existen políticas de suma cero y serias compensaciones a corto plazo entre la reducción de las emisiones, el fomento del crecimiento económico y el logro de la equidad (con poderosos intereses creados que se oponen a una transición posterior al carbono), la IA es la rara cuestión transnacional cuya política es de suma positiva. La disponibilidad generalizada de la IA, si se comparte de forma segura y se gestiona respetando el derecho internacional y las libertades fundamentales, no debería suponer una amenaza existencial para los gobiernos y las empresas. Por el contrario, debería catalizar oportunidades beneficiosas para todos.

Existe una enorme demanda de tecnologías como la IA y un gran entusiasmo por su potencial para ayudar a resolver todo tipo de objetivos, tal y como se establece en los Objetivos de

Desarrollo Sostenible de la ONU. Desde la salud pública y la educación hasta el crecimiento económico y la mitigación del cambio climático, la IA puede ser una tecnología que cambie las reglas del juego. Pero sin la infraestructura y los mecanismos para supervisar su crecimiento transformador, esta oportunidad fomentará una mayor divergencia mundial, dejando atrás una vez más a las poblaciones más pobres y vulnerables. Estamos decididos a que no sea así.

Por eso, además de una base común de conocimientos, hemos recomendado iniciativas que mejoren el acceso de todos los países y comunidades a la IA. Desde el talento a las normas, pasando por los datos y la financiación, la ONU y sus socios pueden ayudar a subsanar las carencias de recursos e infraestructuras para garantizar que nadie se quede atrás en la revolución de la IA.

Por supuesto, hay quienes cuestionan el papel de la ONU en el gobierno de la IA. No cabe duda de que parte de la gobernanza de la IA debe tener lugar a nivel nacional. Las propias empresas tecnológicas que desarrollan los modelos de IA también están haciendo mucho. Pero, al igual que Internet antes que ella, las oportunidades de la IA son un bien público mundial (al igual que la seguridad de la IA). La ONU es el único organismo verdaderamente global con legitimidad para convocar a los gobiernos del mundo y a las partes interesadas en la IA y con capacidad para garantizar los acuerdos resultantes. Eso empieza por poner al mundo de acuerdo, no para obligar a la gobernanza, sino para alinearse en torno a las características, la naturaleza y la escala de la oportunidad y los retos de la IA. Con la visión, las herramientas y el liderazgo político adecuados, podemos desplegar los recursos necesarios para garantizar que la IA esté a la altura de sus promesas.

Desde el cambio climático a la salud pública, pasando por la proliferación nuclear, el mundo ha recurrido a la ONU para resolver sus problemas globales más complejos. Las dolorosas historias de conflictos armados, desastres humanitarios, crisis medioambientales y problemas económicos ponen de manifiesto la incapacidad de la comunidad internacional para estar a la altura del desafío. Pero ahora que nos enfrentamos a nuestra tecnología más revolucionaria y potencialmente perturbadora, el Pacto Mundial Digital demuestra que aún hay esperanza para el multilateralismo en un mundo geopolíticamente fragmentado.